

EL SUDESTE ASIÁTICO: LAS RAICES HISTÓRICAS Y SOCIALES DE UN MUNDO CONFLICTIVO

Cuando un europeo piensa en el Sudeste asiático evoca vagamente, por la influencia todopoderosa de la cinematografía y las novelas de Salgari, un mundo uniforme, cuando constituye un mosaico geográfico, cultural y humano; unas islas despobladas y paradisíacas, cuando es una región superpoblada con densidad, en todos los países de la zona, muy superior a la española, con excedentes de población rural en situación de infraempleo y, en las grandes metrópolis, unos problemas urbanos pavorosos y sin paralelo en Europa.

Son países en que el mantenimiento de altísimas tasas de natalidad ha ido paralelo a la disminución drástica de la mortalidad con la consiguiente explosión demográfica, que en siglo y medio ha decuplicado la población de aquellas naciones de 30 a más de 300 millones de habitantes.

Pensamos también en ellos como países de ingentes riquezas minerales y ubérrima agricultura tropical, cuando es zona donde el subsuelo se ha explotado insuficientemente y ha sido aprovechado en gran parte en beneficio de potencias foráneas, donde las mejores tierras agrícolas están ya en explotación, donde el uso de fertilizantes es insuficiente para obtener de las mismas un rendimiento óptimo y donde la deforestación está alcanzando niveles críticos. Son países, en fin, de baja renta *per capita*, salvo el caso atípico de Singapur —emporio comercial— y en menor grado de Malaysia.

Pensamos que son países homogéneos racial y culturalmente cuando los habitan un mosaico de razas y culturas, frecuentemente mal integradas y en constante conflicto.

Y nos aparecen, por último, en nuestra conciencia como países olvidados, pacíficos y paradisíacos, cuando hace más de tres décadas que no han conocido la paz, donde el proceso descolonizador ha producido fuertes y no superadas tensiones y se encuentra allí situada en la hora presente la zona más conflictiva del planeta.

* * *

A la llegada de los europeos al Sudeste asiático, en busca de aquel vello-cino de oro que eran las especias para la Europa del Renacimiento, van a encontrar un mundo políticamente agitado, donde se ha producido muy poco antes la desintegración de los grandes imperios históricos, en donde enraizan su pasado los nuevos nacionalismos y donde la presencia de elementos alógenos más absorbentes que los europeos ponían en peligro la existencia misma de aquellas comunidades, extremo este último hoy fácilmente olvidado desde la óptica dogmática de otras latitudes, pero siempre presente y del que existe hasta la actualidad plena conciencia en todos los estratos autóctonos del Asia sudoriental.

Por tales factores, y no obstante la lejanía de las potencias europeas, lo precario y lento de las vías de comunicación y la escasa presencia demográfica y militar de los occidentales, éstos pudieron imponer su hegemonía en la zona hasta épocas muy recientes, dejando, aun después de la desaparición de su poder político en la misma, una considerable impronta cultural, lingüística en menor grado, escasa en lo étnico, y mantener, no obstante el radical nacionalismo de aquellos países, considerables posiciones económicas, subrayadas frecuentemente por lazos de alianza militar o política.

Al llegar los europeos, los imperios tradicionales del sudeste asiático constituían un recuerdo del pasado. Ha desaparecido el otrora poderoso imperio Khmer; el Sri Visaya en Indonesia desaparecerá en el siglo XII, y su sucesor, el de Madjapahit, será destruido en 1478 ante el empuje del islamismo, que en el cenit de su expansión se está imponiendo en el Asia sudoriental. En el vacío que dejan surgen Estados feudales, débiles, divididos y mutuamente hostiles. Ciudades mercantil-piráticas, como Brunei o Banjarmasin, con aspiraciones políticas más o menos vagas, más o menos sólidas sobre otros territorios. Sultanatos con una u otra denominación, donde el poder político no es efectivo fuera de la capital. Fruta madura, en fin, para el colonialismo europeo, que encontrará en aquel mundo atomizado valiosos aliados para imponerse políticamente, ya que muy pocas fueron las fuerzas europeas en la mayoría de los casos, encuadrando tan sólo tropas de otros países asiáticos, las que contribuyeron a establecer el dominio occidental en aquella lejana zona del mundo.

Son precisamente los Estados más sólidos y homogéneos, donde el poder central es fuerte, los que se convierten en indigeribles e in conquistables para el expansionismo europeo; en aquella región sólo Thailandia reunirá estas condiciones; el establecimiento de la actual dinastía en los comienzos del siglo XVIII crea una estructura estatal, políticamente fuerte, similar a las

de Corea o Japón, países también en que la hegemonía de Occidente pasará apenas rozándolos, dado que su constante—y ello se olvida actualmente—fue el imponerse donde las estructuras políticas eran débiles; los habitantes, divididos e indiferentes ante el sometimiento de sus «señores naturales» a un poder foráneo, que frecuentemente aparecía como liberador y casi siempre más favorable a sus propios intereses. La caída del poder político europeo se produce precisamente cuando unas nuevas generaciones que han adoptado como propios los ideales nacionalistas de sus lejanas metrópolis, asisten indiferentes, cuando no hostiles, al tener éstas que hacer frente al ataque japonés en la guerra del Pacífico.

Y por último, no ha de olvidarse que a la llegada de las naves europeas a la zona, tres poderosas y en gran parte temidas influencias externas estaban presentes en el sudeste asiático, débil ante ellas por su atomización política, y que representaban una amenaza, y más directa y próxima que la europea, cuyas consecuencias se dejan sentir todavía hoy con fuerza singular.

La menos temida de estas influencias foráneas fue el Islam, que tomó carta de naturaleza con mayor o menor intensidad, con mayor o menor extensión, en estos países, consiguiendo la islamización casi total de las poblaciones autóctonas de los actuales territorios de Indonesia y Malaysia occidental y de sustanciales minorías en Camboya, Filipinas, Tailandia y Singapur.

La llegada de la religión musulmana se hizo por vía marítima desde Arabia del Sur, y todavía hoy existen importantes comunidades de tal origen en la actual Indonesia, cuya primera Constitución como nación independiente reservaba tres de las 150 curules de la Asamblea nacional a miembros de dicha etnia. Incluso en la década de los veinte, las feroces guerras tribales que asolaron a la actual República de Yemen del Sur venían alimentadas por «las remesas de emigrantes» de dicho territorio en los dominios holandeses de Asia¹.

La llegada del mahometismo fue tardía en el Asia sudoriental; solo en el siglo XIV se asienta definitivamente en la península de Malaca; de ahí se extendió a Indonesia, estableciendo una cabeza de puente en el sur de Filipinas, pocos años antes de la llegada de los españoles. La conquista de aquella nación por la Corona, con un sentido más acusadamente misionero que la de América, detuvo los avances del Islam; lo hizo retroceder de zonas como la propia Manila, donde era de muy reciente implantación; pero sem-

¹ Vid. D. VAN DER MEULEN: «Into Burning Hadhramaut», en el *National Geographic Magazine*, vol. LXII, núm. 4, octubre de 1932.

bró en el archipiélago los gérmenes de un conflicto político-religioso que se ha prolongado con mayor o menor intensidad hasta nuestros días.

En aquellos lugares donde la religión ismaelita fue asimilada, lo fue en forma profunda y constituye uno de los factores a tener en cuenta en cualquier estimación sociopolítica de la zona.

El segundo elemento foráneo es el que irradia de la India, por el tremendo peso cultural y demográfico del subcontinente; su influencia fue patente en el imperio Sri Visaya; la huella del sánscrito, poderosa en los lenguajes autóctonos; sin embargo, su presencia física y vital no alcanza su cenit hasta el pasado siglo, siguiendo las huellas de la colonización inglesa, creando tensiones con las comunidades locales, de gran gravedad en Birmania —en cuya capital los originarios de la India constituían la mitad de la población al producirse la guerra del Pacífico— y de menor entidad en Malaysia occidental y Singapur, donde su *status* socioeconómico era inferior.

Queda, por último, la influencia extranjera más poderosa, antigua y permanente en aquellos países, que precede a la presencia europea en más de un milenio y que, concluido el ciclo del colonialismo occidental, sigue presente, que es la de China, influencia inevitable tanto por un determinismo geográfico como por el ingente peso demográfico de su pueblo e históricamente por su mayor empuje cultural, a la vez temido y admirado por las divididas naciones del sudeste asiático, en una actitud cuya ambivalencia ha llegado hasta nuestros días.

La presencia china se inicia en el Norte del Vietnam bajo la dinastía Han, en el siglo III antes de nuestra era, cuando someten a los habitantes del delta del río Rojo a una vaga suzeranía, que se prolonga por más de un milenio, constituyendo aquella región el «An Nam», es decir, «el Sur pacificado», según su nombre chino.

Si los modos, usos y costumbres chinos toman en Vietnam carta de naturaleza, empezando por el sistema de mandarinato, que pervive hasta la guerra del Pacífico, se produce paralelamente entre la población y los dirigentes vietnamitas una reacción de rechazo frente a la influencia sínica, que llena dos milenios de la agitada historia de aquel país fronterero.

Al caer en el siglo X la dinastía Tang, Vietnam recupera su independencia de hecho; pero en 1427 Hanoi es reconquistado por el imperio Medio, que se conforma con mantener al vecino del Sur como Estado tributario bajo el gobierno de la dinastía local de los Le, mientras que, precisamente para eludir la hegemonía china, los vietnamitas inician su expansión hacia el Sur a costa del reino de Champa, en el Vietnam Central —que queda ven-

cido en el siglo xv— y del imperio Khmer, en el Mekong, proceso lento, que concluye en el siglo xviii, cuando la etnia vietnamita alcanza sus límites geográficos actuales, no sin dejar englobados dentro de este territorio a diversos núcleos de otras etnias de considerable importancia numérica y difícil asimilación².

En el resto del sudeste asiático la penetración china es fundamentalmente comercial, y la zona constituyó un mercado de consideración para las exportaciones de artesanía china. Con el comercio llegaron los comerciantes y artesanos, presentes desde la época de la dinastía Sung en todo el sudeste asiático.

Como vemos, la llegada de los europeos al Extremo Oriente encuentra ya países extremadamente complejos en su estructura social, étnica, política y religiosa. Será el sudeste asiático, cuna de las especias, el motor que crea el colonialismo moderno; el establecimiento de los europeos será temprano; pero esta presencia política será débil y marginal hasta mediado el pasado siglo. La presencia de Europa hasta hace un siglo se limitaba fundamentalmente a las grandes ciudades, convertidas en importantes centros mercantiles; en el interior de aquellos países el poder europeo era en gran parte nominal; la creación de las grandes plantaciones tropicales, enfocadas a la exportación, será un fenómeno reciente.

Caso aparte lo constituía Filipinas; allí la presencia española era vigorosa en casi todo el archipiélago; pero su instrumento no eran los colonos ni los soldados, sino las órdenes religiosas.

* * *

La primera potencia europea que se instala en el sudeste asiático es Portugal, que en 1511 funda la fortaleza de Malaca. Por el Tratado de Zaragoza, en 1529, Castilla reconoce el monopolio portugués en la región, aunque su hegemonía fuera desplazada por los holandeses mediado el siglo xvii, y su monopolio, quebrado por primera vez al establecerse los españoles en Filipinas en vísperas de la unidad peninsular bajo la corona de Felipe II.

Portugueses, españoles, holandeses, ingleses, franceses y, por último, norteamericanos ejercieron, en uno u otro momento, en uno u otro país de la zona, el poder político; todos ellos según sus propias fórmulas e idiosincrasia, dejando su peculiar aportación cultural y herencia histórica.

² Sólo por el Tratado de 1884 renunció China a sus aspiraciones sobre Vietnam.

El dominio español en Filipinas fue durante más de dos siglos de carácter esencialmente misional. La «Nao de Acapulco» era un fenómeno que afectaba sólo a la capital; el dominio efectivo del capitán general estaba muy mediatizado por las cinco órdenes religiosas—franciscanos, dominicos, agustinos recoletos y jesuitas—fuera de los límites de Manila y Cavite; escasísimos fueron hasta el siglo XIX los colonos españoles en las islas. En el interior el sacerdote era «el poder», e innumerables en la historia de Filipinas los casos en que el religioso, espada en ristre, dirigía a sus feligreses a rechazar, casi siempre con éxito, los ataques de los corsarios chinos, holandeses o musulmanes.

Una compañía mercantil funcionó, a imitación de la de Caracas o La Habana, entre 1785 y 1834; económicamente fracasó; su recuerdo pervive en un espléndido cuadro goyesco, hoy en el Museo de Castres.

En el siglo XIX, al mejorar las comunicaciones, llegar el telégrafo, la navegación a vapor y abrirse el canal de Suez, las relaciones comerciales y políticas fueron más intensas y se establecieron algunos millares de peninsulares; pero ha sido la primera etapa. la de colonización religiosa, la que echó más hondas raíces y cuya huella ha determinado hasta nuestros días una parte muy considerable de la personalidad nacional de Filipinas.

Ingleses y holandeses adoptaron, por el contrario, y de preferencia, el régimen de las Compañías mercantiles hasta muy entrado el siglo XIX; así fue explotada Indonesia, y tropas de la Compañía inglesa de las Indias son las que ocupan Birmania, Malasia y Singapur, y hasta 1946 supervive como colonial anacronismo la Compañía inglesa del Norte de Borneo.

El colonialismo francés fue, como era de esperar, típicamente estatal; la Unión Indochina, establecida en 1887, incluía una colonia; la Cochinchina y los protectorados de Annam, Tonkín, Camboya y Laos; pero el poder de hecho residía en el representante metropolitano—gobernador general o residente³—en Hanoi.

Estados Unidos, llegado tardíamente a Filipinas, tras las vacilaciones iniciales, acabó por conceder al país una autonomía interna progresiva, casi total al instaurarse la «Mancomunidad» en 1935.

La división política de los territorios bajo dominio europeo era muy

³ En los primeros años de la presencia francesa se creó el título de virrey (*Kinh Luoc*); desempeñado por un mandarín vietnamita, el cargo era totalmente nominal y desapareció en 1897.

variada y más proclive a hacer la delicia de los filatélicos que a fomentar una auténtica unidad nacional sobre bases autóctonas.

Los holandeses en Insulindia gobernaban unos territorios directamente y otros a través de los sultanes locales. Los franceses conservaron los reinos de Camboya, Annam y Luang Prabang. Los españoles reconocían, bajo un protectorado frecuentemente discutido y vagamente especificado, el sultanato de Joló.

Los ingleses, por su parte, llegaron a la cumbre de la complejidad administrativa en sus dominios. Birmania se gobierna hasta 1935 como parte de la India inglesa, manteniendo un régimen especial para los territorios habitados por las minorías Shan y Karen. En la actual Malaysia existía un protectorado sobre el sultanato de Sarawak, bajo la dinastía de los Brooke, único caso perdurable de rajá blanco, que se conserva como curioso anacronismo, salido de las páginas de Conrad o de Salgari, hasta producirse la invasión japonesa en 1941, momento en que el sultán J. V. Brooke se encontraba en Australia; hay la colonia de los «Establecimientos del Estrecho»; Singapur, Malaca y Penang, otrora gobernados por la Compañía inglesa de la India o por la Residencia de Bengala; Estados federados y no federados, del que Brunei queda hoy como única supervivencia política británica en la zona; la isla de Labuán, estación carbonera y colonia de la Corona, y el Norte de Borneo, administrado por una compañía privada. Mosaico político, que no dejó de producir complicaciones en la hora de la descolonización.

Entre las distintas potencias colonizadoras no faltaron las luchas y confrontaciones, reflejo de las que mantenían en tierras de Europa.

Holanda crea su imperio colonial sobre las ruinas de la presencia portuguesa; ocupa la isla española de Ternate, pero fracasa en «la Naval de Manila» al intentar ocupar Filipinas.

Gran Bretaña guerra con Holanda y ocupa Batavia durante las guerras napoleónicas, que abandonará para hacer de Singapur su centro comercial y político en la zona, y ocupará brevemente Manila y las zonas limítrofes durante la guerra de los Siete Años.

La última presencia política será la norteamericana cuando, al desaparecer el poder ultramarino español, impone su dominio sobre la flamante República de Filipinas, primer Estado independiente del sudeste asiático, organizado sobre bases modernas y occidentales.

Esta presencia política europea ha sido decisiva para configurar a aquellos países en su forma actual, para determinar sus límites territoriales, su

estructura política y legal, su cultura, que en amplias zonas ha sustituido a la tradicional e incluso, y en no pequeña parte, en el campo de la religión, la lengua y obviamente en la tecnología.

* * *

La debilidad militar de las potencias metropolitanas en aquella zona, el hecho de que se trataba de regiones de cultura, aunque tradicional, de hondas raíces, con sociedades locales sólidas y de población relativamente grande, hizo que no fuese el sudeste asiático testigo de los abusos que se asocian con el colonialismo en otras latitudes⁴. No obstante lo cual, la resistencia al poder foráneo fue constante desde el primer momento.

La reacción anticolonialista se apoya en las primeras etapas en los poderes y valores tradicionales; son las sublevaciones de Tamblot (1621), Dagohoy (1744) o Silang (1762), en Filipinas, o de Tipong Negoro (1850), en Indonesia. Son levantamientos condenados al fracaso, similares en su origen al de los cipayos en la India en 1857 y con sus mismas limitaciones; el impacto de las formas europeas es demasiado grande, y las masas, mayoritariamente, aspiran a la autodeterminación, pero no bajo formas tradicionales, feudales o religiosas; su aspiración, aún vaga, pero definiéndose en forma creciente, es la independencia, pero bajo nuevos esquemas políticos y sociales y aprovechando y adaptando todo lo que de positivo en los campos social y tecnológico habían aportado los colonizadores. La vida independiente será en su día determinada no por los sultanes ni por los sacerdotes carismáticos, sino por los militares y los tecnócratas.

El primer ejemplo de toma del poder por la nueva élite europeizada se dará en Filipinas con la República de Malolos. En aquel momento una minoría de universitarios de formación española y plenamente integrados en la cultura europea instalan en la iglesia de Barasoain un Congreso, en nada desmerecedor de los areópagos iberoamericanos que proclaman la independencia noventa años antes, más representativo de su patria que la mayoría de los de la Europa de su época y donde estaban presentes un núcleo de personalidades sin paralelo en ningún país asiático de la época por su preparación y sentido nacional; probablemente ni Japón hubiera entonces podido producir el elenco de gobernantes de la primera República filipina.

Pero era un mal momento para tal intento. Es el cenit del colonialismo

⁴ Así, por ejemplo, en Filipinas el capitán general Das Mariñas declara abolida la esclavitud en 1591. ¡Dos siglos antes que en Europa!

europeo; el año en que Kipling escribe *La carga del hombre blanco*—pensando precisamente en Filipinas—coincide con la guerra de los boxers, con el nacimiento de la expresión «el peligro amarillo», y sobre todo era un mal ejemplo, contagioso con seguridad, a unos países que, sometidos difícil y recientemente al poder colonial, eran cada día más rentables para sus metrópolis. La intervención norteamericana concluyó con tan funesto precedente, no sin una guerra tan larga como sangrienta.

La crisis económica mundial, que golpea en forma extraordinariamente grave aquella parte del mundo, provoca una nueva ola de enfrentamientos con el poder metropolitano, en muchos casos con un claro contenido de reivindicación social.

En 1919, un vietnamita entonces desconocido, hoy mito, Nguyen Ai Quoc; el futuro Ho Chi Minh, presenta en el Congreso de Versalles sus «Reivindicaciones del pueblo annamita», en las que están resumidos todos los argumentos y aspiraciones del anticolonialismo contemporáneo. No encontró, como era de esperar, eco alguno. Pero en 1930-32 se produce la sublevación de la bahía de Yeh, la creación de soviets en las provincias de Ha Tinh y Nghe An. En 1930 se unifica el Partido Comunista de Indochina; en 1938 se crea el Frente Popular, y en 1941 el Partido Comunista crea el Viet Minh. Las bases de la gran guerra del Vietnam estaban sentadas una generación antes de iniciarse.

Hay sublevación nacionalista en Birmania, huelgas de los colectores de caucho en Malaya, sublevación de marinos indonesios, agitación revolucionaria, en que aparece otro nombre: Sukarno. Se produce en Filipinas el movimiento sakdalista. La década del treinta es, en resumen, una época agitada en el sudeste asiático, y sólo los más obtusos entre la minoría de colonos europeos o en los Ministerios de Ultramar metropolitanos podían pensar, con un mínimo conocimiento del medio, que el *status* político existente en el sudeste asiático podría sobrevivir la próxima crisis sin una transformación radical en los campos político y social.



La primera crisis a que ha de hacer frente el crepúsculo del dominio colonial en el sudeste asiático es nada menos que la invasión japonesa. La rapidez y facilidad con que se derrumbó el poder político europeo es prueba de la endebles de sus bases y del escaso apoyo de las poblaciones autóctonas.

Las fuerzas en presencia al iniciarse el conflicto no aparecían tan desni-

veladas; si Japón dominaba el mar y era superior en el aire, las fuerzas terrestres eran superiores por parte de los aliados: frente a once divisiones japonesas se oponía doble número de unidades aliadas⁵; pero eran tropas heterogéneas, equivalentes a una división inglesa y seis batallones integrados en unidades indias en Malaya; una división australiana y una brigada llegada en el último momento a Birmania, fuerzas norteamericanas, equivalentes a una división, en Filipinas y dos batallones canadienses en Hong-Kong. El resto eran fuerzas asiáticas, encuadradas por oficiales europeos, de desigual y generalmente escaso valor combativo.

Indochina francesa fue ocupada sin dificultad por Japón en 1940-41, de acuerdo con el Gobierno de Vichy, aunque el poder metropolitano se mantuvo nominalmente hasta marzo de 1945, en las postrimerías de la guerra.

En Malaya, las fuerzas aliadas, heterogéneas y de baja moral combativa, fueron vencidas tras setenta días de campaña⁶.

En Indonesia dos divisiones de fuerzas locales fueron fácil y rápidamente vencidas por los japoneses.

En Birmania la primera—y única—división birmana, pura y simplemente, se desintegró a los primeros contactos bélicos; sólo la llegada a Rangún, en vísperas de su caída, de una brigada motorizada australiana, la resistencia de algunas fuerzas indias y el apoyo en el Norte de varias divisiones chinas bajo la dirección del general Stilwell, unido a las dificultades del terreno y la escasez de comunicaciones impidieron que el triunfo japonés fuera total. Los intentos ulteriores de reconquistar Birmania por parte británica se harán con fuerzas indias y una división africana, semillero de los futuros gobernantes del Africa sajona.

Caso aparte lo constituye Filipinas; aunque el entusiasmo bélico del país era bien escaso, y el nacionalismo y actitud asiaticista, generales, era la única nación con pleno autogobierno, con la promesa de una independencia a plazo fijo—que se cumplió fielmente en 1946—, y aunque el Gobierno de la «Mancomunidad» prefería, e intentó, proclamar su neutralidad—lo que impidió Estados Unidos—, se vio envuelto en la guerra del Pacífico. Pero las tropas filipinas estaban mandadas por oficiales nacionales; era el único ejército de la zona donde éstos ocupaban hasta los más altos cargos de la milicia y tenían algo por qué combatir.

Allí la lucha se prolongó más que en ninguna otra nación; la ofensiva

⁵ Vid. en los números 90 y 126 de esta REVISTA los artículos *El ANZUS* y *la SEATO* y *El pacto de las cinco potencias: el ANZUK*.

⁶ Vid. *El pacto de las cinco potencias: el ANZUK*, en el núm. 126 de esta REVISTA.

japonesa en Bataan en los días finales de enero de 1942 constituyó un total fracaso, que los aliados no supieron aprovechar, y la capitulación del ejército filipino-norteamericano no marcó en aquel país sino el comienzo de la guerra de guerrillas, llevada con más éxito, intensidad y apoyo local que en ningún otro país de la región. También fue Filipinas la nación que en Oriente pagó más alto tributo en el campo humano y material a los daños de la guerra.

* * *

Tras la ocupación del sudeste asiático por el Japón comenzó en la retaguardia la acción diplomática. Todas las Cancillerías sabían que volver al *statu quo* era imposible; todas barajaron en un momento u otro el espejismo de conceder a sus antiguas posesiones el *status* de dominio, similar al de Filipinas, al producirse el conflicto bélico.

La Conferencia constitucional de Nueva Delhi en 1942 para la India, la declaración de la reina Guillermina el 8 de diciembre de 1942 y hasta la promesa del Gobierno provisional francés el 24 de marzo de 1945 de otorgar amplia autonomía a Indochina apuntan todas en el mismo sentido; promesas muy tardías tanto por las propias contradicciones políticas entre los aliados como por la acción unilateral japonesa, concediendo la independencia más o menos nominal, pero ello justificable por la situación bélica, mientras las antiguas metrópolis se limitaban a ofrecer la autonomía.

El Japón concede la independencia primero a Filipinas, donde en 1943 se instala la segunda República, y en los meses finales de la guerra, a Birmania, Indonesia y los Estados de Indochina.

Si a ello unimos la existencia en mayor o menos grado en los países ocupados por el imperio nipón de guerrillas armadas por los aliados y milicias locales por los japoneses, podemos comprender la «semilla del dragón» plantada en el sudeste asiático y presta a germinar al concluir las hostilidades con unos resultados tan confusos como imprevisibles.

Los aliados mantenían paralelamente la acción diplomática con vistas a la reorganización posbélica del Extremo Oriente.

En las Conferencias de Teherán y El Cairo se discutió entre los aliados el futuro de Indochina, proponiendo Roosevelt su constitución en fideicomiso. Se acordó por la de Potsdam su ocupación por indios y chinos (nacionalistas) siguiendo la línea del paralelo 16, como así se efectuó por breve tiempo; Tailandia, aliado más o menos forzado del Japón, fue también ocupado brevemente por los aliados al concluir la guerra; a Filipinas se le había

prometido la independencia a muy corto plazo; sobre el *status* los otros territorios fue imposible llegar a acuerdos concretos que hubieran vulnerado los intereses ultramarinos de las potencias aliadas, vencedoras, con dominios en la zona.

Los años subsiguientes son confusos, conflictivos, sangrientos; el ciclo, a los veintiocho años de la paz con Japón, no ha concluido todavía.

Estaban sentadas en todos los países las bases para la guerrilla y la guerra civil. La retirada del Japón y la derrota sufrida al inicio de la guerra por las lejanas metrópolis dejaban inevitablemente un vacío de poder, unido a un ansia general de cambio por parte de los habitantes de la zona; pero las aspiraciones locales eran indefinidas y contradictorias; si todos los grupos eran nacionalistas, los matices y tendencias variaban considerablemente.

En 1947 estalla la guerra civil en Birmania, que acaba de conseguir la independencia, y que en los años siguientes coloca a este país ante el peligro de la desintegración y el caos, dado lo variado de las distintas banderías y lo contradictorio de sus aspiraciones.

En 1947 se inicia también en Filipinas la guerra de guerrillas —el movimiento Huk—, que si nunca llegó a poner seriamente en peligro al Gobierno y limitó sus actividades a la isla de Luzón, se prolongó con fuerza en los años siguientes y no ha sido nunca erradicado en forma total.

Indonesia mantiene primero una violenta guerra de independencia contra Holanda, y posteriormente se producen fisuras entre los grupos combatientes, que culminan en la represión anticomunista de 1949.

En Malasia comienza la guerra de guerrillas, integrada por miembros de la minoría china, en 1948, que provoca la proclamación de la «emergencia» por el Gobierno británico, «emergencia» que dura hasta 1960, que llegó a absorber 80.000 soldados de la Commonwealth y que contribuye a retrasar la independencia de Malasia hasta 1957 y la unificación de las posesiones británicas de la zona hasta 1963⁷.

Hay guerrillas en Thailandia, en la futura Malaysia oriental y sobre todo en la antigua Indochina francesa.

En los países que la componían, las aspiraciones independentistas, la participación comunista y la actitud de la antigua metrópoli harán que el conflicto se convierta en guerra sangrienta, de repercusiones internacionales profundas, y que hoy en día no haya sido posible aún darla por concluida.

⁷ Vid. en esta REVISTA, núms. 10 y 126, *La fuerza expansiva de la China comunista y El pacto de las cinco potencias: el ANZUK.*

Al finalizar la guerra del Pacífico, y de acuerdo con lo decidido en Potsdam por los aliados, se ocupó militarmente Indochina, desarmando a las fuerzas japonesas; al norte del paralelo 16 las tareas de la ocupación corrieron a cargo de fuerzas de China nacionalista; al sur de dicha línea, por unidades indias del Imperio británico.

El 19 de agosto de 1945 el Gobierno nacionalista vietnamita se instala en Hanoi con la anuencia de los ocupantes chinos, mientras que en el Sur, el 23 de septiembre del mismo año, el coronel francés Cédile, al frente de 150 hombres, ocupa Saigón, restaurando allí el poder metropolitano, que precariamente se extendió por Cochinchina.

En marzo de 1946, Francia reconoce en principio la independencia de las naciones de Indochina, unidas a la antigua metrópoli con unos lazos en extremo vagos.

Al mes siguiente se produce el bombardeo de Haifong y se inicia la guerra. Los acuerdos de Fontainebleau en 1949, reconociendo formalmente la independencia de Vietnam dentro de la «Unión Francesa», no pueden ponerle fin, y la guerra se prolonga cuatro años más hasta los acuerdos de Ginebra, que no constituirán sino una tregua en el prolongado conflicto.

* * *

Toda la serie de factores políticos e históricos que hemos reseñado han tenido como fruto el nacimiento a la vida independiente en los últimos años de unos Estados de complejidad extraordinaria, en desarrollo económico espectacular la mayoría de ellos—hecho ignorado en Europa—y sometidos a fuertes tensiones internas por su propia heterogeneidad cultural, étnica, lingüística y religiosa, que no tienen paralelo en la época actual entre las naciones europeas y americanas.

Son ante todo países cuyos habitantes aparecen todos iguales para un blanco no acostumbrado a distinguir las diversas gamas de las razas orientales; pero en el interior de los mismos existe una clara distinción, no obstante los grados de mestizaje, que, en todo caso y por el valor integrador de las diversas comunidades étnicas, es muy inferior en su escala al realizado en Iberoamérica. Y ello es aplicable al euroasiático, ya que si el mestizo es mayoritario en Iberoamérica y es el elemento distintivo racialmente, en el sudeste asiático es en la mayoría de los casos un cuerpo extraño, aceptado, pero no considerado plenamente como miembro de la comunidad, perteneciente, como herencia de la era colonial, por su superior cultura y por un

indudable prejuicio de admiración hacia el mismo, a una clase social superior, pero no plenamente nacional en una era en que se está produciendo un creciente proceso de orientalización en aquellos países, paralelo al sentimiento del propio blanco o euroasiático, nacido allí—generalmente la masa de la población no distingue por su parte este matiz—, de no estar integrado en la comunidad nacional en que vive y ha nacido, lo que ha provocado en los últimos años un movimiento de emigración de cierta importancia, orientado bien hacia sus antiguas metrópolis, bien hacia Australia o los Estados Unidos.

Por otra parte, los grupos étnicos son muy numerosos dentro de los límites nacionales de aquellos países, donde conviven etnias no sólo diferentes, sino históricamente hostiles entre sí, dándose la paradoja que si las fronteras políticas de los Estados surgidos a la independencia tras la Guerra Mundial son históricamente muy antiguas, tienen en el plano étnico mucho de artificiales, lo que provoca la existencia de movimientos separatistas; los hay entre los musulmanes de Joló y Mindanao, en Filipinas; entre los musulmanes y meos de Tailandia, entre los shan de Birmania o entre los habitantes de Molucas del Sur de Indonesia; movimientos que, según las circunstancias y las épocas, han alcanzado mayor o menor virulencia y que en ocasiones han llegado al conflicto armado.

Por otra parte, el poder estatal es débil; los partidos políticos están vinculados a grupos de presión y los lazos familiares, de clan, tienen una fuerza desconocida en Europa, sobre todo fuera de las grandes ciudades, donde existe y funciona eficazmente el aparato estatal.

La complejidad étnica es grande; según el censo de Filipinas de 1960, existían en dicha nación 116 grupos raciales, y en Vietnam del Norte el número de grupos étnicos con más de 50.000 miembros asciende a 22.

Y sobre este mundo complejo se proyecta la sombra de China, a la vez admirada y temida, como potencia mundial y por los miembros de su raza, presentes en todo el sudeste asiático.

* * *

La existencia en todos aquellos países de minorías étnicas y religiosas, profundamente enraizadas en la mayoría de los casos, provoca tensiones inevitables entre las mismas y el grupo mayoritario, que en muchos casos son determinantes en la política tanto interna como internacional de aquellos Estados.

Para comprender la trascendencia del problema es preciso tener en cuenta que la etnia mayoritaria representa en Malaysia apenas el 50 por 100 de la población; entre el 60 por 100 y el 70 por 100, en la República Khmer, Thailandia y Birmania, y un 75 por 100, en ambos Vietnam y en Singapur.

Por otra parte, estas minorías étnicas con distintas actitudes culturales y axiológicas no dejan de constituir un problema. Tres clases de las mismas, perfectamente diferenciadas y de diversa problemática se encuentran en el sudeste asiático: alógenos, pueblos primitivos y grupos nacionales no asimilados.

Las primeras son, desde luego, las que más inciden en el campo de la política exterior y las que presentan mayores problemas por su arraigo; ya mencionamos la euroasiática; existe también la procedente del subcontinente índico; pero es la sínica la de mayor prepotencia, arraigo y conflictividad. Hubo también con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial algunas comunidades japonesas, sobre todo en Filipinas, donde constituía el tercer grupo étnico foráneo—después de chinos y norteamericanos y antes que el español—, que fue repatriado a su país de origen después del final del conflicto.

El chino es en todo el sudeste asiático—con excepción de Singapur, donde es la etnia dominante—el extranjero—el *alien*—por excelencia. Muy asimilado en ocasiones, ocupa en la escala socioeconómica un lugar alto y envidiado; es y ha sido en altísima proporción el motor económico de aquellos países; controla en grandísima parte el comercio y un alto porcentaje de la industria⁸; es tan impopular como envidiado; en toda la zona existe un inocultable «problema chino» que todas las declaraciones de fraternidad asiática no logran disipar. El poder económico europeo está en las grandes compañías; es impersonal; el pueblo llano trata, en cambio, al chino y hacia él, más que hacia el europeo o norteamericano, se dirigen las acusaciones de explotación extranjera.

Hay también minorías étnicas de carácter primitivo—recordemos el caso de la tribu de los *tasadays*, recientemente descubierta en Filipinas—, como los habitantes del Irián occidental, en Indonesia, o los igorotes, en Filipinas, hacia los que los Gobiernos han adoptado una actitud paternalista y de asimilación a largo plazo.

Y existen, por último, minorías locales no asimiladas por la etnia domi-

⁸ Basten algunos ejemplos: En Filipinas, en 1922, controlaban el 75 por ciento del comercio al por menor. En Malaysia se calcula que a ellos pertenece el 75 por ciento de la economía.

nante: los *montagnards*, en Vietnam del Sur; los shans y karens, en Birmania; los «moros», en Filipinas...

Las actitudes populares —la oficial es de integrarlas— han variado históricamente desde la asimilación a la destrucción o la expulsión, aunque normalmente se han quedado, como veremos, en la discriminación de diversa intensidad y muy desigual aplicación en el campo legal.

También existen minorías religiosas en ocasiones enfrentadas entre sí, aunque la tónica general en los últimos tiempos ha sido generalmente de tolerancia. Donde se han producido los enfrentamientos, éstos han tenido tanto o más de cultural que de religioso, ya que los adheridos a las confesiones cristianas o sus derivadas locales son más occidentalizados que los pertenecientes a las religiones autóctonas, de lo que fue buena prueba la crisis católico-budista de Vietnam del Sur en 1963.

* * *

Las tensiones étnicas han sido seculares. Frente a las minorías alógenas, particularmente la china, la actitud popular ha sido de prejuicios; la oficial, de discriminación. Se les prohíbe en algunos países el comercio al por menor, que antes monopolizaban⁹; la propiedad de bienes inmuebles, etc. Se establecen cuotas muy estrictas a la inmigración extranjera¹⁰. Se prohíben los carteles y anuncios en idiomas extranjeros o a veces se especifica precisamente la prohibición de los hechos en lengua china. Se ponen trabas para su nacionalización, etc.

La política de Pekín ha sido el fomentar la asimilación, y tanto su Gobierno como el de Taipeh han firmado diversos acuerdos sobre el *status* de los chinos en los diversos Estados del sudeste asiático. La realidad es más complicada y está llena de matices, y muchas veces las normas legales no reflejan la situación de hecho, ya que el chino lleva más de un milenio en la región y el grado de asimilación o de mestizaje es a veces muy profundo.

Hay también conflictos de tipo social, lógicos por lo complicado de la urdimbre socioeconómica sobre la que se han edificado los nuevos Estados.

Son países de gran presión demográfica, debido al mantenimiento de altas tasas de natalidad, paralelas a la disminución de los índices de mortalidad, lo que provoca una gran presión sobre la tierra cultivada, dado que la gran

⁹ Así, en Filipinas, la «Republic Act. N.º 1180» de 1954.

¹⁰ Así, por ejemplo, en Tailandia el máximo anual es de 200 personas por año de cualquier nacionalidad; en Filipinas, de 50.

mayoría de la población activa está todavía en todos los países del área —salvo Singapur— dedicada a la agricultura.

No existen en aquellos territorios problemas de latifundismo comparables a los de algunos países iberoamericanos. La tierra está en general muy repartida ¹¹ —salvo algunas y no numerosas plantaciones de propiedad europea o norteamericana dedicadas a productos exportables—; todos los países han dictado leyes de reforma agraria de carácter drástico, y las grandes fortunas, en aquellos países de grandes desniveles sociales, proceden casi todas de la industria y sobre todo del comercio; de ahí, como dijimos, la actitud hostil hacia el chino.

Pero la agricultura es ineficiente, primitiva, y las nuevas semillas milagrosas de arroz y maíz no han respondido a las excesivas esperanzas en ellas puestas hace algunos años.

La tierra es insuficiente para absorber el creciente exceso de población que gravita hacia las ciudades.

* * *

Por último y paralelamente, confundiéndose en ocasiones con los factores anteriores, se da en todo el sudeste asiático la coexistencia de dos sociedades: la nueva, de corte europeo, y la tradicional. Donde convive el tecnócrata ciudadano de formación occidental, con el *datu* de las campiñas; el abogado con el mandarín; el universitario, con fluidez en lenguas occidentales —generalmente el inglés—, con el campesino, que sólo conoce la ancestral; el miembro de una burocracia de corte moderno con el que no conoce otros lazos que los familiares.

Es un fenómeno ya antiguo, comenzado con la presencia política europea, y que hoy, desaparecida ésta, parece obtener su póstumo triunfo en Asia, puesto que en todas partes, y no obstante el nacionalismo de matiz oriental en boga, las formas de vida, las aspiraciones de la masa y la estructura de los Estados de aquella zona, es cada día más y más similar a la de sus antiguas metrópolis.

LUIS MARIÑAS OTERO

¹¹ Así en Filipinas, en 1960, el 60 por ciento de los campesinos eran propietarios de la tierra que cultivaban. En 1898, al cesar el dominio español, el porcentaje era aún mayor: ¡el 80 por ciento!

